

MICROCENTRO 9 CUENTOS DE TERROR



LUCAS MAGALHÃES LEIROS

VERÓNICA CASSIA

MÓNICA JOSID HUBER

YAMILA BIANCO

CRISTINA CIVALE

CARLOS LA CASA

LOURDES OLIVERIO

CAMILA PARROTTA

ANA SEVILLA

Microcentro

9 cuentos de terror

Lucas Magalhães Leiros

Verónica Cassia

Mónica Josid Huber

Yamila Bianco

Cristina Civalé

Carlos La Casa

Lourdes Oliverio

Camila Parrotta

Ana Sevilla



El pisapapas

Lucas Magalhães Leiros

Lucas Magalhães Leiros (primer premio)

Nació en João Pessoa, Brasil, en 1994. Es un creador de cosas, que incluyen libros, fotografías, cerámicas y pinturas. Dentro de sus obras se encuentra el libro de cuentos *La cronología de las cosas que vuelan*, lanzado también en Argentina. Desde hace dos años vive en Buenos Aires, casi siempre en el Microcentro. Allí comenzó a escribir terror inspirándose en autores argentinos. «La gente acá lee más y más cuentos. No había pensado que escribir terror era una posibilidad, tampoco en castellano. Pero me encontré en este proyecto. Me parece que Argentina ahora está más interesada en lo que hago que Brasil. Estoy creando en dos lugares al mismo tiempo y esto me parece un superpoder».

Lavar los platos en un espacio tan chico era la peor parte del día. En la misma mesada donde estaban los platos sucios también cortaban los ingredientes para cocinar. Para poder comer, todo tenía que estar limpio. Él tenía hambre después de un día de mierda en el trabajo y era lento con los platos. La inflación ya no le permitía ser paje-ro y pedir un Rappi. El detergente más barato duraba menos y no hacía espuma. Empezó por los cubiertos porque recordaba a su mujer gritando «Hay que empezar por lo que va directo a la boca para no lamer lo que se lava con la esponja sucia». Pero ¿no era la misma con la que había lavado los platos ayer? No importaba, lo hacía porque ella se lo pedía. Pero faltaba reciprocidad. Se cansó de pedirle que mojara los utensilios, pero era lo mismo que nada. El pisapapas estaba seco en la bacha. Se le hinchó la vena y toda la gratitud por

el rico puré del almuerzo se evaporó, igual que el planeta.

El frío, que llegó a principios de año, no paró. Las estaciones ya no tienen sentido. Al menos tiene dónde vivir, aunque sea en una planta baja frente a un tacho que siempre rebuscan en Rodríguez Peña. La basura del centro está cada vez más concurrida. El ruido de la gente rompiendo objetos y el olor a descomposición no mejoran ni con la ventana cerrada. La mujer se queja del calefón roto y lo mira como si fuera menos hombre por no saber arreglarlo. Lo mira como si lo comparara con su padre. Ella ya no se quita la ropa ni se baña. Tampoco ayuda. Cocina, barre y nada más. Quería tener un hijo, no podía y le echaba la culpa a él. Ni siquiera lo ayudaba a encontrar un profesional para arreglar la calefacción. Le pidió que preguntara a sus amigas si tenían alguna recomendación y le dijo que no quería que supieran que su casa se caía a pedazos. «No arreglo calefones, pero sí sé cómo mierda se lava un pisapapas». Y así lo hizo. Lavó los vasos y se preguntó si no sería hora de cambiar la esponja no reciclable. No importaba, hasta la próxima vez que tuviera dinero sería estropajo

mugriento y agua fría. Los dedos temblorosos son menos precisos y, sin agua caliente, la grasa tarda mucho en salir. Más detergente, aunque no haga nada. Aunque nada sea lo mismo que él representa en su trabajo. Su agenda empezó a menguar poco a poco, como les pasa a las personas que están a punto de ser despedidas. Sabía que este día llegaría desde que trajeron el robot que hacía lo mismo que él. Sintió venir la invitación a la oficina del jefe, no tenía ahorros ni derecho a indemnización por despido. Firmó el contrato que legitimaba sus manos vacías.

No, vacías no, llenas de vajilla.

Terminó las ollas, solo faltaba el maldito utensilio. «¿Por qué no hace puré con un puto tenedor entonces?» Había que limpiar uno a uno los agujeros tapados por la papa endurecida. Volvió a ensuciar un cuchillo para ayudarse a destaparlo. Raspó agujero tras agujero. Ni siquiera se divirtió contando cuántos había. Sabía que eran setenta y uno desde hacía mucho tiempo. Metió la punta del cuchillo y la giró en todas direcciones. Una vez no era suficiente. Metió la punta del cuchillo y la giró. Pensó en la cara de su mujer. Metió la punta y la giró. Pensó en el culo de su mujer. Me-

tió la punta y la giró. El culo de la vecina. La metió y giró. La oficina del jefe. La metió y giró. En una de esas, se cortó. «La reconcha de mi madre». Terminó de lavar el pisapapas mientras la sangre fluía. Tiró el cuchillo en la bacha y se presionó la herida con la camisa. Las toallitas de papel se acabaron, las curitas cuestan una fortuna. «¿Ténés algodón, mi amor?» «¿Compraste?» «No». «Entonces no hay». «Terminé de lavar los platos. ¿Hacés la cena?» «Dejame terminar de ver este video». Se sentó a su lado en el sofá. La hemorragia se detuvo sin que la mujer se diera cuenta de lo que pasaba. Ella se rio de algún chiste y pasó al siguiente video. La risa era molesta porque ya no era suya. Sintió celos de la pantalla. Habían sido muy felices juntos. Eran cosas de adolescentes y ahora ya ni siquiera se sentían jóvenes, pero no se podía decir que no fueran felices. Eran otros tiempos, otras crisis, otra Argentina. Sueldos de pocos dígitos que compraban muchas cosas. Puso la mano en la pierna de su mujer como si intentara recuperar el afecto que había desaparecido desde hacía mucho tiempo. Ella se levantó de un salto, dejando el video a medias. «Voy a hacer ñoquis».

Prendió la tele. El sonido llegó antes que la imagen, que ni había aparecido cuando ella volvió con el pisapapas en la mano. «Esto está podrido. Lavalo bien y llamame luego. Incluso hay un cuchillo sucio» dijo sentándose en el sofá, apagando la televisión y poniéndose los auriculares. Él miró incrédulo el objeto que tenía en la mano y se dirigió, sin oponer resistencia, a la cocina. Lavó el cuchillo y se quedó un rato mirando su reflejo en él. Respiró hondo y lo guardó en el escurridor. Dobló la esponja por la mitad, se la puso entre los dientes y mordió. Apoyó la mano izquierda sobre el escurridor y con la derecha apretó el utensilio como si sus dedos fueran papas. Apretó y giró. Apretó y giró hasta que la carne se convirtió en una pasta y los huesos quedaron lo suficientemente finos como para desaguar. Tomó el anillo del centro de la carne picada y lo enrolló alrededor del mango del pisapapas. Reanudó el proceso de machacado y abrió la canilla para ayudar a que todo bajara. Amasó cada músculo, tendón, nervio y cartílago del brazo hasta llegar al hombro. Se subió a la bacha, con los pies por delante. Su propio peso sobre la pileta lo ayudó a pasar por la canilla. El pelo

de sus piernas se acumuló en el desagüe como pasaba en la bañera después de que su mujer se lavaba la cabeza. Ella se negaba a limpiarlo. Llegó a sus caderas y aplastó su propia verga como un chorizo. Los huevos fueron una de las partes más difíciles —eran gomosos y llenos de nervios duros—, pero se las arregló. Ya se había ido tanto por el desagüe que pronto llegaría a la cloaca y se uniría al microplástico. Siguió machacando las tripas, llenando toda la cocina con el olor a mierda del puré a medio digerir. El rojo oscuro de la carne ensangrentada adquiría nuevas tonalidades de verde, amarillo y negro con cada nuevo órgano. Admiró la paleta de sus propias secreciones sintiéndose hermoso por primera vez en mucho tiempo. Tosió la esponja mientras aplastaba los pulmones, dejando el corazón para más tarde.

Cuando amasó el cuello, su brazo se separó del resto. Esto facilitó mucho el trabajo. Ahora tenía un buen ángulo para aplicar más fuerza. Se aplastó la cara con unos cuantos golpes, apartando los dientes de los agujeros del desagüe. Su cerebro se licuó rápidamente. Volvió a su corazón, golpeándolo hasta que dejó de latir. Pronto fue

solo un brazo. Luego un antebrazo y finalmente una mano, que soltó el pisapapas y cerró la canilla del agua fría, descansando en el poco calor que quedaba de su propio cuerpo, que ya no fluía porque había tapado la cañería. Pero ese problema, como el del calefón, era de ella. Solamente de ella.